

Entrevista con Alberto Salcedo Ramos: una mirada al género de la crónica actual

Luvia Estrella Morales

University of Oklahoma, Norman

El periodista y escritor Alberto Salcedo Ramos considerado actualmente como el mejor cronista de Colombia y uno de los mejores de Latinoamérica nació en Barranquilla el 21 de mayo de 1963. Es un asiduo escritor de crónicas que dan testimonio de la cultura, vida cotidiana e identidad de Colombia y en menor medida de otros países latinoamericanos. En sus obras alza la voz para retratar la realidad contemporánea de los espacios rurales y urbanos de su país a través de múltiples historias que tienen un carácter descriptivo y expositivo. Utiliza recursos narrativos de todo tipo que van desde entrevistas, canciones, refranes y poemas para dar a conocer un gran número de voces de testigos oficiales y no oficiales. Recupera temas reincidentes de las crónicas latinoamericanas como: la violencia, la homosexualidad, la migración, el fútbol, el boxeo, la música, los medios de transporte, los viajes, el sexo y otros. Sus temas no son concebidos con una fórmula literaria preestablecida, sino con una constante transformación y ruptura de sí mismas desde un ámbito lingüístico, retórico y estilístico. Sus reflexiones son en gran medida armadas desde el núcleo de la subjetividad donde la perspectiva del “yo cronista” apoya el entendimiento del mensaje que desea transmitir.

Salcedo Ramos se ha hecho merecedor, entre otros, al Premio Internacional de Periodismo Rey de España, Premio Ortega y Gasset de Periodismo, Premio a la Excelencia de la Sociedad Interamericana de Prensa (dos veces), Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar (cinco veces), Premio de la Cámara Colombiana del Libro al Mejor Libro de Periodismo del Año y recientemente a *Le Prix du Livre du Réel* otorgado por la editorial francesa *Les Éditions Marchialy*. Entre sus principales obras se encuentran: *Los golpes de la esperanza* (1994), *De un hombre obligado a levantarse con el pie derecho y otras crónicas* (1999), *El oro y la Oscuridad: La vida gloriosa y trágica de Kid Pambelé* (2005), *La eterna parranda* (2011), *Botellas de naufrago* (2015), *Los ángeles de Lupe Pintor* (2015) y *Viaje al Macondo real y otras crónicas* (2016).

El cronista es ingenioso, sensible y observador tal como lo demuestra la entrevista que tuvo lugar en la Universidad de Oklahoma donde participó como *Keynote Speaker* de la conferencia anual de *Tierra Tinta* organizada por el departamento de Lenguas Modernas. Durante la conversación, Salcedo Ramos manifiesta poco a poco que escribir crónica se trata de un acto que incluye curiosidad, interpretación, subjetividad, imaginación, naturalidad y

calidad literaria para describir un hecho tomado de la realidad. También habla brevemente sobre la evolución de la crónica y sobre la influencia del cine en el género.

Luvia Estrella Morales: ¿Cómo elegiste escribir crónicas?

Alberto Salcedo Ramos: De niño quería escribir. Al terminar la secundaria y llegar a ese momento en que uno anuncia en casa la profesión que ha elegido, dije que literatura. Mi madre entró en pánico. “Como escritor podrías morirte de hambre”, sentenció. En aquellos tiempos los padres sólo consideraban dignas dos profesiones: abogacía y medicina. Quienes quisieran estudiar algo distinto lucían como desadaptados, y más si era literatura, un oficio considerado como de vagos o de gente poco productiva, en términos económicos. Recuerda que a García Márquez, cuando anunció que quería ser escritor, su propio padre le vaticinó que se pasaría la vida comiendo papel. Mi madre no me lanzó a la cara semejante pronóstico tan sombrío, pero me propuso algo que ella consideró salomónico: estudiar periodismo. Su argumento era que, como periodista, tendría al menos un sueldo. Yo estudié periodismo con la idea de que estaría allí de paso para luego convertirme en escritor, pero en cuanto empecé a ejercer el oficio y me di cuenta de que podía contar historias, supe que estaba en un lugar donde quería permanecer.

LEM: ¿Cómo eliges los temas de tus crónicas?

ASR: Yo elijo, en principio, historias que me produzcan curiosidad. Descubro en esas historias, a primera vista, ciertas singularidades que excitan mi voluntad de dejar un testimonio, y simplemente dejo que eso fluya. Entonces llevo mi exploración hasta las últimas consecuencias. Hay unas variables que indican cuándo un posible tema o una posible historia tienen valor periodístico. Se dice que debe ser un tema actual, que debe ser de interés general, que debe tener conflictos, es decir, mostrar ciertas dificultades y problemas propios de la condición humana.

LEM: ¿Cuál es la relación entre la crónica, la literatura y el periodismo?

ASR: La crónica es un género narrativo que utiliza dos herramientas básicas: la narración y la interpretación. Narrar es contar a través de acciones e interpretar es ofrecer una visión personal sobre los temas. Ejemplo número uno para mostrar cómo se mezclan lo narrativo y lo interpretativo en un texto: Hemingway fue a un pueblo de África enviado por el periódico *Toronto Daily Star*. Cuando Hemingway llegó notó que ese pueblo era polvoriento, caluroso, pequeño y, sobre todo, atrasado. Además, era un pueblo en el que no había ni agua potable ni energía eléctrica. Entonces Hemingway escribió una crónica cuyo párrafo de entrada es poderoso: “Este pueblo es tan pequeño como el cementerio de Kentucky, pero muchísimo más aburrido”. En ese párrafo inicial, como ves, el autor opta por la interpretación, y lo hace a través de la ironía. Luego, a lo largo del texto, desarrolla su premisa provocadora: sustenta la afirmación de por qué el pueblo es pequeño y aburrido. Otro ejemplo: en 1994, aquí en Estados Unidos, se hizo el mundial de fútbol. En ese mundial Diego Maradona, el mítico jugador argentino, fue expulsado porque al hacerle la prueba antidoping, se comprobó que había consumido efedrina, una sustancia prohibida en el deporte de alta competencia. Maradona fue expulsado del mundial en forma deshonrosa. Eduardo Galeano, el escritor uruguayo, escribió entonces un texto breve cuyo primer párrafo eran sólo cuatro palabras separadas entre sí por un punto seguido. Las cuatro palabras eran las siguientes: “Jugó. Venció. Meó. Perdió.” Galeano está

usando un recurso que también es característico de la crónica, la subjetividad. A quienes escribimos crónicas no nos da miedo decir, con la frente en alto, que somos subjetivos. Lo de la objetividad es sólo un mito que tiene más antigüedad que fundamento. Entiendo que la redacción impersonal prime en las noticias, pero no que esa sea la única forma de explorar la realidad. También se necesitan otros géneros en los que la mirada de un narrador contribuya a generar formas alternativas de leer la realidad.

La crónica es periodismo porque cuenta hechos de la realidad con datos fácticos, verificables, y es literatura porque está escrita con belleza estética. Muchos siguen cometiendo el error de confundir literatura con ficción. En la no ficción, valga decir en el periodismo narrativo que han cultivado autores como Jimmy Breslin y Joan Didion, hay textos que valen tanto por su calidad literaria como por su envergadura periodística.

LEM: Ahora que hablas de la subjetividad me pregunto, ¿hay un acuerdo entre los cronistas latinoamericanos como Martín Caparrós, Juan Villoro, Leila Guerriero y tú, de usar la subjetividad?

ASR: La subjetividad está en el ADN de la crónica latinoamericana. Ahora bien: el periodismo de Estados Unidos también hay subjetividad, incluso en las agencias informativas, que suelen ser más ortodoxas. Te puedo poner varios ejemplos. Mira sólo uno: en 1986 se llevó a cabo la pelea entre Mike Tyson y Trevor Berbick. Yo estaba haciendo turno nocturno en *El Universal*, el periódico de Cartagena donde trabajaba. Me tocaba esperar el resultado para cerrar la edición. En el primer raund Tyson tiró a la lona a Berbick dos veces, en el segundo raund lo tiró a la lona tres veces. Le quebró tres costillas y lo dejó en mal estado. Al poco tiempo llegó a la redacción el cable de la agencia de noticias AP que contaba, en términos narrativos, cómo había sido ese breve y desigual combate. Decía así: “Trevor Berbick ya tiene la fórmula para ganarle a Mike Tyson en caso de que vuelvan a pelear: un rifle”. ¡Eso es subjetividad!

David Remnick, editor de la revista *The New Yorker*, escribe una biografía de Muhammad Ali que yo recomiendo, *King of the World: Muhammad Ali and the Rise of an American Hero*. Es un libro portentoso que permite entender el significado de Ali, no solo como atleta, sino también como ciudadano rebelde. Ali le dio un uso político a su oficio de pobre, el boxeo. Remnick no sólo explica eso con agudeza, sino que acude a otras voces para descifrar la personalidad intrigante de Ali. En este libro hay metáforas espléndidas y observaciones agudas sobre la psiquis del protagonista. Remnick combina dos cualidades que no siempre se dan juntas: la ambición en el trabajo de investigación y la perspicacia en la escritura. Por ejemplo, hay un momento en que un boxeador derrumbado está en la lona caminando a gatas, casi inconsciente, mientras tantea el piso con el guante en busca de su protector bucal. A ese boxeador se le compara con un hombre que acabara de despertarse y estuviera buscando el despertador para apagarlo. ¡Eso es bellissimo!

En todo caso, la subjetividad tiene unos códigos. No concede licencia para adular la realidad, ni tampoco para reemplazar datos por figuras literarias, sino tan solo para ejercitar la mirada y para narrar con encanto. Interpretar no riñe con la búsqueda de la verdad, ese mandamiento tan invocado en el periodismo. Sólo es un mecanismo para buscar otras verdades, acaso más humanas, y para escribir con un estilo sugerente que seduzca a los lectores. En Colombia había un escritor que decía una frase maravillosa: “me gustan los que buscan la verdad pero desconfío de los que creen que la han encontrado”.

Yo estoy de acuerdo con un amigo que dice que la objetividad no existe, pero que hay que comportarse como si existiera. La búsqueda de la belleza en la forma no es un pretexto para descuidar la información en el fondo.

LEM: Hay muchos escritores que dicen que la crónica no es literatura, ¿qué les respondes a ellos?

ASR: Bueno, en términos generales muy poco de lo que se escribe es literatura. Hay crónicas que no son literatura porque están mal escritas, pero lo mismo se puede decir de muchas novelas, de muchos cuentos, de muchos poemas y de muchos ensayos. La literatura descifra, sacude, revela, conmueve. No todo lo que se escribe tiene la calidad estética para ser considerado literatura. Se engañan los que creen que por dedicarse a la ficción ya pertenecen, per se, al grupo de quienes hacen literatura. Un poeta colombiano, Porfirio Barba Jacob, decía: “Encontraras poesía en todas partes, menos en los malos versos”. En la mala prosa tampoco hay literatura, puedes jurarlo. La literatura es una conquista, no es punto de llegada. No está determinada, per se, por el hecho de hacer ficción, sino por la calidad que se logre en la escritura, y en este sentido hay autores de no ficción que tienen una calidad literaria extraordinaria, como Leila Guerriero, por ejemplo, o como Gay Talese.

LEM: ¿Cuál es el papel de la imaginación en la crónica?

ASR: Esa pregunta me gusta porque suele entenderse que la imaginación implica una invención de la trama y que sólo el que inventa lo que sucede, como el novelista, es el que imagina. Se puede ser imaginativo en el enfoque que le das a tu materia. Gustave Flaubert construyó un personaje de ficción llamado Emma Bovary, una mujer adúltera. Ese personaje es tan creíble, es tan verosímil, que al novelista lo detenían en las calles para preguntarle quién era Madame Bovary. La gente del pueblo sentía a la mujer tan viva, tan real, que no podía entender que fuera un personaje de ficción, y por eso abordaban al escritor. Entonces Flaubert dijo su famosa frase: “Madame Bovary soy yo”. En la no ficción el autor no inventa a Madame Bovary, pero puede contar su vida a través de una mirada en la que haya imaginación. Te voy a poner un ejemplo de cómo interviene la imaginación en la escritura de crónicas: José Sanfilippo es un exfutbolista argentino muy reconocido. Jugó en San Lorenzo de Almagro, un equipo de los más importantes de ese país. Un día el periodista y escritor Osvaldo Soriano se llevó a ese futbolista para el estadio donde se había hecho inmortal. La idea era que mientras caminaban por la cancha, Sanfilippo recordara un gol extraordinario que había marcado treinta años atrás. Bueno, el estadio ya no existía. En su lugar había un *mall* gigantesco. Sanfilippo y Soriano entraron al *mall* y “El Nene” Sanfilippo dijo algo así: “ahí donde están las pilas de radio, ahí estaba el arco y a mí me tiraron la pelota donde están esos frascos de mayonesa”. Hay un momento donde la gente deja de comprar y se queda asombrada viendo a “El Nene” Sanfilippo porque el exjugador para la pelota con el pecho y mete un zurdazo para recordar su hazaña. Mientras tanto, la gente que lo ve lo aplaude porque a todos les parece que Sanfilippo acaba de meter de nuevo ese gol. Ante eso, Osvaldo Soriano dice: “‘El Nene’ Sanfilippo metió de nuevo aquel gol de 1962, nada más para que yo pudiera verlo”. Es claro que Sanfilippo no patea ningún balón ni mete de nuevo ningún gol. La imaginación del periodista crea ese juego de espejos para que todos sintamos una emoción profunda frente a la recuperación del tiempo perdido. Algo muy bello, definitivamente.

LEM: ¿Cómo es tu relación con los historiadores? ¿Deseas corregirlos? ¿Eres aliado de ellos?

ASR: No, no, a mí no me gusta corregir a los historiadores porque yo hago no ficción. El día que sienta ganas de corregir a los historiadores entonces ya me tocaría hacer una novela. Me encantan los historiadores, los respeto mucho. Me ayudan a ser precisos. Ahora, por ejemplo, estoy trabajando un tema en el cual tengo como consejero a un gran historiador de Colombia.

LEM: ¿Tus historias tienen el objetivo de modificar la realidad? ¿O de criticarla?

ASR: Esas preguntas yo me las he hecho muchas veces. La respuesta es que a mí no me gustan las moralejas, esas se las dejamos a las fábulas. El propósito de la escritura es conquistar la excelencia de lenguaje, de formas, inquietar, sacudir, molestar, adivinar. Digo adivinar porque el escritor es un adivinador. Álvaro Mutis cita un poema de Rafael Alberti en el que se predice la caída de las torres gemelas. Mutis cuenta eso como prueba de que la poesía es adivinación. Yo diría que toda escritura aspira a predecir. Ahora bien: en una buena crónica encuentras, inevitablemente, ciertos problemas que les atañen a algunas personas. Mostrar esos problemas y contar cómo afectan a sus víctimas es una forma de hacer denuncias. A mí me parece que todos los que escribimos estamos habitados por unas fuerzas ciegas que están dentro de nosotros y que no sabemos que están allí hasta que empezamos a escribir. Yo creo mucho en el escritor que le da voz a sus duendes, a sus fantasmas, que está poseído por una furia telúrica y que la deja fluir.

LEM: ¿Ha habido una evolución en el género de la crónica contemporánea?

ASR: Por supuesto que sí. En el siglo XIX la crónica era un género que aún no tenía una estructura narrativa consolidada. Había mucha opinión y poca investigación. La crónica se enriqueció con la influencia del cine. Recursos como la fragmentación de las tramas, los canales narrativos paralelos y los fundidos a negro son muy comunes hoy en la escritura, pero tuvimos que verlos antes en el cine para aprender a usarlos en los textos. Hay crónicas de los años veinte y treinta del siglo pasado donde uno ve todavía mucha torpeza para resolver ciertos conflictos desde la escritura. Uno ve cosas como: “El editor de este diario me encargó escribir...”, eso es una tontería. No se puede escribir una crónica con la información que debería quedar por fuera. Escribir no sólo es incluir: sobre todo, es saber qué se debe excluir. De modo que, para redondear la respuesta, el oficio se ha vuelto adulto, ha madurado.

LEM: ¿Qué recomendaciones les das a aquellas personas que quieren escribir crónicas?

ASR: Para escribir crónicas yo recomiendo tener una formación integral, leer a buenos escritores, ver buen cine, oír buena música, asistir a teatro, zapatear las calles, ir a las plazas de mercado, ejercitar la observación, tener una disciplina de escritura.

LEM: Tus obras retratan la identidad y la cultura popular de Colombia, ¿cómo puede ser entendida esa identidad y cultura popular en otros países?

ASR: Acuérdate bien de la vieja frase de León Tolstói: “Pinta bien tu aldea y serás universal”. En realidad, la mejor aldea que podemos pintar es la aldea a la que pertenecemos. Yo no tengo miedo de pintar esa aldea mía. Tendría miedo de pintarla tan mal que no logre que le interese a nadie más allá de la frontera a la que pertenezco. En este sentido, a mí me ha ayudado mucho la interacción con editores que no son colombianos, porque ellos me

plantean preguntas que me llevan a descubrir si estoy siendo claro y universal como para que me comprendan más allá de mi villorrio.

LEM: Aparte de la crónica también conocida como periodismo narrativo, ¿piensas escribir utilizando otro género literario?

ASR: Yo no quisiera morirme sin escribir ficción. Me gustaría intentarlo. No perdería nada con probar a ver qué pasa. Si sale mal, tendré el coraje suficiente para romper el manuscrito e irme silbando dignamente hacia una cafetería cercana. Con un buen café seguramente sobreviviré a ese fracaso.

LEM: Alberto, te agradezco esta entrevista y te doy las gracias por haber aceptado venir a la Universidad de Oklahoma.

ASR: Gracias a ustedes.

20 de octubre de 2017